

ANDRICAÍN, S.; ORLANDO RODRÍGUEZ, A. *Escuela y poesía. ¿Y qué hago con el poema?* Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2016.

Aránzazu Sanz Tejeda¹

La presencia de la poesía en el ámbito educativo es tan común que a nadie le extrañaría que se cuestionase esta realidad. Otro tema distinto sería la utilización de la misma, su finalidad... ¿por el placer de leer?, ¿porque en todos los libros de texto aparecen poemas y, por tanto, y hay que leerlos?, ¿para aprender los recursos literarios o los tipos de rima?, ¿para conocer la obra de los poetas de cada movimiento? Otro tema de debate podría generarse en torno al porcentaje de poemas frente a otro tipo de textos literarios que aparecen en los manuales de Lengua y Literatura, al menos en España, aunque parece que no varía mucho en otros países de lengua también castellana. De este modo, aquel verso becqueriano tan popular (¿Qué es poesía? –dices mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul...) podría adaptarse hoy, en el día a día del docente en las aulas, en ese otro interrogante, menos poético pero más pragmático, que da título a esta obra de Sergio Andricaín y Antonio Orlando: ¿Y qué hago con el poema? Los autores, fundadores y directores de la Fundación Cuatrogatos en Miami, dedican parte de su trabajo diario a desarrollar proyectos educativos y culturales relacionados con el fomento de la lectura y la escritura en español para niños y jóvenes. En ellos tienen la oportunidad de intercambiar experiencias e inquietudes con docentes de todos los niveles, y de ahí surge la necesidad de reflexionar sobre la necesidad de dar cabida a la poesía en el ámbito escolar, no como mero soporte instrumental, sino para contribuir a la educación de la sensibilidad estética y el enriquecimiento espiritual de las nuevas generaciones.

Los siete apartados en que se divide el libro, publicado en la colección Arcadia de Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, podríamos agruparlos en tres grandes bloques temáticos: reflexiones teóricas sobre la utilidad de la poesía desde el ámbito escolar y los tipos de textos poéticos que encontramos en las aulas; una propuesta práctica para su uso en los diferentes niveles de enseñanza; y una documentada antología de la poesía infantil y juvenil latinoamericana, contextualizada literaria y editorialmente por países, desde los primeros textos poéticos para niños hasta los poetas más actuales.

¹ Graduada en Humanidades: Historia cultural y Máster Universitario en Formación del Profesorado de Educación Secundaria, Formación Profesional y Enseñanza de Idiomas, especialidad Lengua Castellana y Literatura. Personal de investigación en formación del CEPLI de la UCLM. Email: Arantxa_st@hotmail.com

“Poesía, ¿para qué?” En torno a ese interrogante giran los primeros capítulos de la obra de Andricaín y Orlando. A diferencia de otros tipos de textos que nos entretienen, nos informan, nos enseñan... la poesía, argumentan, no sirve para nada. O tal vez sí, pero igual su utilidad es difícil de demostrar con datos tangibles y cuantificables. Lo que está claro es que un buen poema no tiene que tener finalidad instructiva alguna, su esencia es bien distinta: “ayudarnos a descubrir el mundo, a aprehenderlo y explicárnoslo” (p. 20), “conducirnos al encuentro de lo maravilloso cotidiano y despertarnos a la admiración y al disfrute” (p. 22). Pero no todo el mundo, ni siquiera todos los docentes, tienen claro este aspecto. A ello contribuye una tergiversación social del sentido de la poesía que los autores resumen en varias razones: el vínculo poesía-locura, por el cual se asocia la figura del poeta a la de un individuo exaltado, descentrado, algo loco; una visión machista que asocia poesía a sensibilidad, y sensibilidad a género femenino, siendo rehuida por los alumnos más viriles; una instrumentalización de los poemas con fines exclusivamente académicos; el uso de poemas canónicos alejado del gusto, intereses e inquietudes de los escolares; su consideración clasista, en cuanto que intelectual y elaborada, difícil por tanto de comprender para el lector medio; o su tratamiento como un bloque homogéneo, macizo, sin tener en cuenta matices, subgéneros, estilos o temas, lo que lo convierten en un género variado en el que encontrar poemas de todo tipo y para todos los intereses. Todos estos errores complican la consideración de la poesía y, con ella, la labor de docentes y mediadores.

Este primer bloque de reflexión sobre la poesía presenta, en un segundo capítulo, una clasificación del género partiendo de dos grandes grupos, la de tradición oral y la de autor. Sobre la primera, los autores subrayan su importancia al suponer el primer encuentro de los niños con la literatura –nanas, primeros juegos, rondas, adivinanzas,...– y, por ello, un elemento importante en los orígenes de la identidad cultural de cada persona, además de ser la esencia sobre la que se crea la otra poesía, la de autor. Esta segunda gran parcela incluye tanto los poemas escritos por autores literarios para la infancia como aquellas que, sin haber sido escritas pensadas en niños y jóvenes como destinatarios, ellos han hecho suya con el paso del tiempo. Este ingente número de composiciones de autor se presentan en el libro clasificadas según los diversos “senderos temáticos y formales” que han seguido sus autores en su aproximación al joven lector, aportando varios ejemplos de cada tipo de poema: poesías inspiradas en estructuras y motivos de la tradición oral (canciones de cuna, rondas, trabalenguas, adivinanzas, retahílas, pregones, villancicos); poesías lúdicas, versos

que proponen una invitación al juego y la diversión, como las conocidas jitanjáforas, los *limericks* o los disparates; los poemas narrativos, en su vertiente de poesía anecdótica o de cuento versificado, igualmente atractivas para los niños; o la poesía lírica, versos que insinúan, que inquietan, que emocionan, sin necesidad de ir asociados a juegos o narraciones.

En la parte central de la obra, los autores nos ofrecen la respuesta a ese interrogante del que hablábamos al principio y que inquieta a muchos docentes: qué hacer con la poesía en el aula. Un asunto delicado, pues la escolarización de la misma, junto a los escasos estímulos poéticos en la mayoría de los hogares, parecen los principales factores de esa ruptura que se da en la convivencia de los niños con la poesía según se van haciendo mayores. Frente a la casi exclusiva utilización de los poemas en clase en función de diversos contenidos curriculares, para localizar estructuras gramaticales, realizar ejercicios de creatividad, dibujar, escenificar o memorizar, los autores defienden la poesía en el aula para “cultivar los sentidos de los niños, despertar su inteligencia, valorar, interpretar y transformar la realidad” (p. 72). Para ello, ofrecen en las páginas siguientes una serie de sugerencias para presentar e introducir la poesía en el aula: “lectura compartida”, “un mismo motivo, distintos tratamientos”, “explorar el ritmo y la música de cada poema” o “juegos de escritura”. Pero para llevar a cabo tan laboriosa tarea, con estas o con otras estrategias, es fundamental la figura del docente, pues es el que tiene que mediar entre los alumnos y los poemas, conocer la literatura en la que se enmarcan y contagiar el entusiasmo por estos textos: “el maestro es una agente fundamental en el proceso de iniciación del niño en el conocimiento y la vivencia del lenguaje poético” (p. 74). No se puede pretender que todos los docentes sean especialistas en literatura, bastará, defienden Andricaín y Orlando, con que se interesen, lean, pidan orientación y se mantengan dispuestos e informados. Para contribuir a ese proceso, ofrecen en el tercer bloque del libro un breve pero completo recorrido por el panorama de la poesía infantil latinoamericana, seguido de una selecta antología de poemas de los principales autores de cada uno de los países estudiados. Antes, desvelan la pregunta al interrogante que nos acompaña desde el mismo título, qué hacer con el poema en clase, y que comienza así: “preséntelo, introdúzcalo, dele cabida en la vida de los niños. Cree una atmósfera propicia para acoger el poema en el aula, léalo en voz alta (...)” (p. 83).

Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México, Puerto Rico, Uruguay, Venezuela, Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá, Paraguay, Costa Rica, Guatemala, Honduras y

El Salvador son los países que forman parte del estudio –más divulgativo que exhaustivo– con el que se inicia la última parte del libro. Son también los países de procedencia de los cincuenta autores de los textos de la antología con que se cierra la obra. Una cuidada selección realizada por dos especialistas que conocen, miman, valoran y disfrutan la poesía, y que nos ofrecen en estas páginas finales una buena muestra de la riqueza y diversidad de la poesía infantil latinoamericana.

A pesar de los miles de kilómetros de distancia que separan el viejo y el nuevo continente, la trayectoria de este género lírico infantil en lengua española es muy similar. Como en España, también en Latinoamérica los primeros versos publicados, durante el siglo XIX, fueron generalmente al servicio de religión, moral, pedagogía e ideología. Mientras, los niños seguían disfrutando del aspecto lúdico y estético que sí les proporcionaban los versos del folclore que nadie había escrito para ellos. Sería con la obra de autores como el mexicano José Fernández de Lizardi o el cubano Francisco Javier Balmaseda, a mediados del siglo XIX, cuando se empezaría a atisbar esa nueva poesía de carácter más lúdico y poético, que acabaría por asentarse con la obra de los dos principales autores de ese siglo, el colombiano Rafael Pombo –costumbrismo, juego e imaginación– y el cubano José Martí –sentimientos, simbolismo e intimismo–. Los primeros años del siglo XX consolidan esta modalidad de poesía para niños gracias a la pluma de reconocidos escritores como el nicaragüense Rubén Darío, la chilena Gabriela Mistral, el mexicano Amado Nervo o la cubana Dulce María Borrero, que recrean en sus poemas una visión del mundo que les rodea a través de la mirada y la sensibilidad de los más pequeños. Siguen los años de crecimiento, décadas de los treinta a los cincuenta, con nombres como Germán Berdiales, Javier Villafañe o Fryda Schultz de Mantovani; las nuevas perspectivas que se abren a partir de los sesenta, con autores que aún hoy se siguen reeditando, como María Elena Walsh, Vinicius de Moraes o María de la Luz Uribe. Y así llegamos a la consolidación de un género, ya a partir de los años ochenta, con tantos buenos escritores y propuestas tan disímiles, que los autores nos los presentan organizados por sus distintos países. Laura Devetach, María Cristina Ramos, María Teresa Andruetto, Ana María Shua, Liliana Cinetto... son algunos de los nombres que aparecen tan solo en el panorama argentino. Así siguen otros países, otros nombres –Marina Colasanti, María José Ferrada, Jairo Aníbal Niño, David Chericián, Ramón Iván Suárez Caamal, Georgina Lázaro, Magdalena Helguera...– y otras muchas e imprescindibles obras. Una muestra de esa riqueza lírica infantil latinoamericana que, gracias a esta nueva publicación, y al esfuerzo didáctico de

análisis, selección y síntesis realizado por Orlando y Andricaín, está al alcance de docentes, mediadores y público interesado.